

OPINION

Una universidad orientada a la calidad de las personas

Carlos Caño Guillén • José Céspedes Lorente • Luis Fernández-Revuelta Pérez • Manuel de la Fuente Arias

Profesores de la Universidad de Almería

"Guárdate de lo que anhelas en tu juventud porque lo obtendrás en la madurez" (Goethe)

Las organizaciones, de la misma forma que las personas, tienen sus fases y procesos de desarrollo, sus crisis de crecimiento y sus períodos críticos. Tomando como marco de referencia este símil de los ciclos del desarrollo, queremos focalizar nuestra atención en las personas de la Universidad: las personas que realizamos nuestra actividad profesional en ella y las personas que la sociedad nos entrega para que les formemos y desarrollemos.

Nuestra universidad, con trece años, se encuentra en la pubertad de su desarrollo como institución y está iniciando uno de sus períodos críticos de desarrollo. Estamos, por tanto, en un buen momento para la reflexión sosegada del camino que ya hemos recorrido, como punto de partida para poder afrontar con confianza el futuro.

En estos trece años de vida, se ha realizado un gran esfuerzo para que la UAL alcanzara al resto de las andaluzas y españolas, partiendo de una posición de gran desventaja. Es un orgullo poder decir hoy, que no sólo hemos acometido dicha tarea con un éxito aceptable, sino que incluso en algunos campos nos hemos situado a la cabeza de las universidades españolas.

Aunque, globalmente, el balance es positivo, no podemos caer en la autocomplacencia. Haber superado nuestra infancia como organización de una manera exitosa, no es garantía de que en la actual encrucijada vayamos a tener el éxito al que nos obliga nuestro compromiso con la sociedad almeriense. La pubertad es tiempo de transformaciones y de cambios, en el que se forja la personalidad que nos definirá e identificará como adultos.

La oportunidad de haber coordinado la elaboración e implantación del Plan Estratégico de la UAL, nos ha permitido reflexionar y debatir sobre el modelo de universidad que queremos y necesitamos, para atender a las demandas que nos plantea nuestra sociedad, en un momento de intensos y profundos cambios.

Optar por una universidad competitiva, bien financiada, de calidad (y no de cantidad), con movilidad internacional de estudiantes y profesorado, abierta al cambio, que alcance la excelencia en la docencia e investigación, no nos va a diferenciar del resto de las instituciones educativas superiores de Andalucía y España. Estos son objetivos compartidos y exigibles para todo el sistema universitario.

Los elementos diferenciales de las organizaciones universitarias, en un futuro próximo, van a estar determinados por su capacidad de

generar valor social y económico en sus procesos y servicios, y ésta va a depender, fundamentalmente, de sus personas, porque las universidades se diferenciarán por la calidad de sus personas.

Como investigadores, se nos debe exigir la generación y transmisión de un conocimiento, tanto básico como aplicado a las necesidades de la sociedad que nos rodea. Debemos redoblar los esfuerzos, que ya se hacen, para que nuestra investigación esté cada vez más imbricada con nuestro sistema productivo, y sea una potente palanca para el desarrollo social, económico, ambiental y sostenible de nuestro entorno.

Y todo ello, dentro de las nuevas estructuras de investigación, en las que se potencia la colaboración entre universidades, centros de investigación, empresas e instituciones, lo que permitirá generar investigaciones que dando respuesta a los problemas cercanos y locales, tengan mayor relevancia y proyección internacional. Además, estimulando y formando a nuevos investigadores que hagan posible que Almería sea un referente por su investigación.

Como docentes, nuestros esfuerzos deben orientarse a la formación integral de los estudiantes que recibimos. Esto significa que al salir de nuestras aulas lo hagan como personas, en toda su dimensión: personas que sean buenos profesionales y personas que sean buenos ciudadanos.

A lo primero, formar buenos profesionales, dedicamos todo nuestro esfuerzo docente, y aunque habrá que seguir mejorando, ya reciben una valoración positiva de nuestra sociedad. Lo segundo, formar buenos ciudadanos, debe ser un objetivo que hay que desarrollar de manera clara y decidida en la universidad del futuro.

Para afrontar este objetivo, deberíamos incorporar y actualizar, en pleno siglo XXI, algunos fundamentos conceptuales de los postulados de la universidad del siglo XIX, basados en el desarrollo de personas más racionales y reflexivas, más éticas y más humanas. Personas con capacidad de análisis crítico, preocupadas por su desarrollo personal, con interés por la cultura y sensibles a los problemas y cambios sociales.

La universidad tiene que asumir su responsabilidad de formar ciudadanos. Por ello, tiene que ser una escuela y un ejemplo de buena convivencia democrática, basada en el diálogo y el consenso, en la que se transmiten los valores de la ética, la tolerancia, el respeto, la libertad, el compromiso y la responsabilidad.

Ciudadanos con capacidad de adelantarse a la sociedad en la que viven, en tiempos de cambios continuos y en entornos de creación de nuevos valores, preparados para desarrollar su actividad profesional y su vida en una revolucionaria sociedad del co-

nocimiento, que va a hacer competitivas a las personas y no a las empresas o a los países, por la igualdad de oportunidades que ofrecen las nuevas tecnologías e Internet.

Tiene que preparar a los ciudadanos de esta nueva sociedad del conocimiento, que exige una capacidad de atender a sus necesidades de formación a lo largo de toda la vida profesional, que dominen las nuevas tecnologías de la comunicación e información, que hablen diferentes idiomas, etc. Además, habrá que dotarlos de las competencias, habilidades y herramientas necesarias para afrontar con éxito las exigencias de unos entornos personales, sociales y laborales, cada vez más complejos y cambiantes.

La inculcación del espíritu crítico y solidario a nuestros estudiantes y ciudadanos, debe ser una de las ideas fuerza, y diferencial, del futuro de nuestra Universidad. Además, debemos apostar con fuerza por el desarrollo de los valores de la innovación, el espíritu emprendedor, la solidaridad, la inconformidad, la inquietud intelectual y cultural, la interculturalidad, la juventud (que no tiene que ver con la edad), el consenso, la tolerancia, la integración, etc. La mera transmisión de conocimientos científico-técnicos, de nuevo, la incluimos dentro de los mínimos imprescindibles, exigibles y esperables.

La UAL, en su tránsito de la pubertad a la mayoría de edad, debería incorporar estos elementos y consideraciones, si quiere formar buenos profesionales y buenos ciudadanos, y sobretodo, si pretende tener un papel más relevante del que ya tiene, convirtiéndose en la institución de referencia ética, cultural, social y económica de la provincia, en un necesario elemento estructurador de su desarrollo integral y en una de las piezas motrices de su progreso.

Cambiar el egocentrismo administrativo por un "centrismo en las personas", será la clave para que la UAL, además de ser competitiva, bien financiada, bien gestionada, de calidad y con movilidad internacional, sea realmente el elemento de cambio social y cultural que nuestra provincia está necesitando y demandando. Como en cualquier organización, para afrontar y gestionar los procesos de cambio se requiere del desarrollo de un clima, la cultura y los valores adecuados que los apoyen y estimulen.

Pero en última instancia, se requiere de la decisión, motivación e implicación de sus personas. En esta tarea todos somos imprescindibles, todos tenemos la responsabilidad social de integrarnos en la consecución de estos objetivos. La calidad de nuestra universidad depende de la calidad de sus personas, de nuestra calidad.